

LAS REPRESENTACIONES DEL CUERPO FEMENINO EN SOFÍA DE LOS PRESAGIOS DE GIOCONDA BELLI

Ruth Cubillo Paniagua*

Resumen

En este artículo se analizan las representaciones del cuerpo femenino en la novela Sofía de los presagios, de la escritora nicaragüense Gioconda Belli. El análisis se centra en la protagonista, Sofía, y en las diversas transformaciones que ella experimenta a lo largo del texto respecto de su cuerpo y su identidad, tanto desde su propia perspectiva como desde la perspectiva de los otros (personajes secundarios de la novela). Se privilegia el diálogo con el texto, por lo que abundan las citas de la novela.

Introducción

La cultura occidental se fundamenta en la existencia de un discurso patriarcal basado en el Verbo-Logos-Dios, el cual le otorga al varón la voz y la palabra. Dios ha creado el mundo a partir de su Verbo y, en el nivel de lo terreno, le transmite su poder al padre fundador para que instaure su ciudad, su ley y su familia, así como al artista, Autor de memoria y de fama, en el nivel de lo artístico.

La mujer debe entender y asumir la lógica del sistema patriarcal que aquel discurso encierra, pero cuando no lo hace, corre el riesgo de ser excluida de la sociedad, pues el Otro-hombre la vislumbra como “loca” o como un ser que no es capaz de decidir sobre su propia vida. Así las cosas, la mujer no ha tenido la oportunidad de autodefinirse, de modo que las definiciones de la feminidad han sido elaboradas sobre la base de la

lógica masculina, la identidad de la mujer ha estado en las manos (y en la boca) del Otro.

Cuando nos centramos en el ámbito de las representaciones del cuerpo femenino, nos topamos de frente con aquella antigua idea de la existencia de un sexo único: el del varón, ante el cual la mujer aparece como un ser que se define biológicamente con base en las características que la hacen no ser hombre: la mujer es un no hombre. (Laqueur: 1994). Esta distinción biológica sin duda ha generado diferenciaciones de orden psíquico, social y político (Saal: 1991)

No necesitamos hilar muy delgado para establecer que la diferencia más importante entre el cuerpo de la mujer y el cuerpo del varón es que solo el de ella resulta apto para el embarazo y el parto: solo ella puede ser madre. La sociedad patriarcal muy pronto comprendió que este poder de generar vida, de conservar y reproducir, era demasiado grande para dejarlo en manos de la mujer; en palabras de Frida Saal: “Dada su condición de reproductora, apropiarse de la mujer es apropiarse de la productora de productores y, en consecuencia, es también la primera expropiación.” (Saal: 1991, p. 32)

* Filóloga. Profesora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura y del Posgrado en Literatura. Universidad de Costa Rica

Pero además, ante la evidencia que es la maternidad, el hombre debe conformarse con el decir femenino frente al origen paterno, por lo que la aceptación del hijo termina siendo, para el padre, una cuestión de fe; de ahí que la mayoría de culturas le exigen a la mujer que sea monógama, pues de otra manera el hombre nunca estaría seguro de que el hijo es suyo. (Cubillo: 2001, p. 29)

Por todas estas razones, y muchas otras que ahora no es pertinente detallar, la cultura patriarcal se encargó de establecer la maternidad como el rol femenino por excelencia, lo cual a primera vista no resultaría descabellado ni problemático de ninguna manera. El conflicto surge porque desde hace ya varios siglos el rol materno se ha utilizado para recluir a la mujer en la casa bajo el supuesto de que allí es insustituible, con lo cual se le margina del mundo público y se le obstaculiza el acceso a ciertos ámbitos.

Quiero decir con esto que el patriarcado no le ha permitido a la mujer definir su propio cuerpo, y con él, la maternidad como atributo exclusivo de ella, con lo cual tampoco le ha permitido definir su propia identidad.

Coincido con Elaine Showalter cuando afirma que “las ideas acerca del cuerpo son fundamentales para comprender cómo las mujeres conceptualizan su situación en la sociedad, pero no puede haber expresión del cuerpo sin que esté mediada por estructuras lingüísticas, sociales y literarias.” (Showalter: 1999, p. 89)

En las siguientes páginas realizo un análisis de la novela *Sofía de los presagios*, publicada en 1990 por la escritora nicaragüense Gioconda Belli, pues en este texto se desarrolla con profusión y claridad el tema de las representaciones del cuerpo femenino desde la óptica de una mujer y con sus propias palabras, sin dejar de lado la alusión a las representaciones que el Otro-hombre posee. En la novela se plantea la maternidad como uno de los elementos esenciales para la autodefinición de la mujer y de su cuerpo y, por lo tanto, para la conformación de la identidad femenina.

Tampoco podemos olvidar que “los cuerpos son territorios que (re)significan a partir de discursos que operan en los relatos. Relatos cuyo sistema sexo y género se ordena en orden a la producción de poder. Esta relación cuerpo y género es el conjunto de disposiciones que una

sociedad transforma en productos de la actividad humana. Praxis social que transmuta la sexualidad biológica en un constructo sociodiscursivo y que arranca de la lectura del lenguaje del cuerpo(...) la relación del cuerpo con el sexo, el género y el poder es una práctica significativa, un texto que implica trabajo en la perspectiva de la producción simbólica porque todo el cuerpo pasa por el filtro del discurso, del lenguaje y de la actualidad simbólica.” (Cáceres Milnes, 1999)

Así las cosas, al analizar la novela de Belli en tanto que práctica significativa, analizaremos el texto con el fin de comprender la forma en que se construye y se representa el cuerpo femenino.

De Eva a María

En *Sofía de los presagios* nos encontramos con una protagonista que experimenta un tránsito de Eva a María. Al afirmar esto tenemos como referencia los modelos judeo-cristianos que definen a Eva como una mujer oscura, malvada, engañosa, voluptuosa y pecadora: el antimodelo por excelencia, o bien, el modelo de las mujeres malas; mientras que María, la virgen, se presenta como la mujer pura, casta, obediente, sumisa, callada, mansa e inmaculada, es decir, el modelo ideal de toda buena mujer.

Cuando Sofía cumple sus 17 años, tanto Eulalia, su madre de crianza, como don Ramón, su padre adoptivo, empiezan a tener miedo de su cuerpo: “Ay, tenías que haberla visto, Engracia- diría la Eulalia a su amiga-, se veía tan vaporosa, tan fina y sin embargo, cuando se rió, fue como si toda la infancia hubiera desaparecido; era toda una gitana morena, con los ojos esos y aquel pelo ensortijado, el pelambre crespo cayéndole sobre media cara... Me dio miedo, Engracia. Nunca hemos visto nosotros nada así. Parecía una artista de cine... ¿Cómo es que se llama una que es toda voluptuosa y que tiene cara de pecadora?... La tengo en la punta de la lengua... Sí, sí. La Sofía Loren. Esa misma. Esa misma.” (Belli: 1990, p. 23)

En lo que respecta a don Ramón, se señala lo siguiente: “Don Ramón también tiene miedo de la Sofía. Hubiera preferido que fuera como Gertrudis, su mejor amiga: que tuviera la

placidez ingrávida y mansa de una virgen morena.” (Belli: 1990, p. 23)

Ese miedo que Eulalia y don Ramón sienten al ver la voluptuosidad del cuerpo de Sofía se asocia con el miedo que inspira la figura de Eva dentro de la tradición judeo-cristiana, pues nos remite al pecado original, asociado a su vez al deseo carnal; por eso don Ramón no duda en afirmar que es necesario casar pronto a Sofía, ya que el marido sabrá sosegarla y apaciguarle ese deseo que le brota por la piel.

Como afirma acertadamente Shere Hite, “parte del poder de la mujer es el poder sexual, el poder del ser, la presencia física. A las mujeres se les roba ese poder si se las intimida por cuestiones de su cuerpo, si se preocupan por qué actitud es la correcta.” (Hite, 2000)

En efecto, Sofía se casa muy pronto con René, un hombre extremadamente celoso, para quien el bello cuerpo de su futura esposa representa un peligro y una tentación para los demás hombres. Pero René está decidido a apropiarse de Sofía y a lograr que ese “cuerpecito” se deforme muy rápido, pues así la mujer dejaría de ser el objeto de deseo de los otros: “René deja de bailar y no le quita los ojos de encima. Se hace a un lado y la queda viendo dar vueltas con Rogelio. Aprieta los puños de celos y se seca el sudor. Es con él con que se va a casar la Sofía, se promete a sí mismo. Y cuando sea su mujer, nadie más le va a tocar ni un pelo de la cabeza. El mismo la va a acompañar a la iglesia los domingos y la va a mantener cargada como escopeta de hacienda, preñada, hasta que se le acabe la cinturita y se le pongan dulces y maternales esos ojos oscuros que brillan demasiado, que son un peligro para ella que ni cuenta se da cómo queda viendo a los idiotas que se derriten cuando ella los mira.” (Belli: 1990, p. 24)

Tradicionalmente, el orden social existente ha estipulado dos tipos básicos de mujer: las que son madres y cuidan de otros y las que son una tentación erótica y provocadora; así que Ramón se propone que su mujer entre de lleno al primer grupo. S. Hite también afirma que el control del cuerpo femenino por parte del sistema permite la existencia del patriarcado. Controlar el cuerpo es controlar la vida, por eso la religión también interviene decididamente en el tema de la

reproducción, debido a que si la mujer tiene la capacidad de decidir sobre su cuerpo, bien podría decidir no ser madre, lo cual, sin duda, resulta aterrador para el sistema.

En este sentido, Gisela Espinosa señala que “(...) controlar la vida sexual de las mujeres se volvió la vía para controlar su potencial reproductivo. Y sobre la expropiación histórica y universal del cuerpo femenino se ha construido una cultura sexista que atraviesa muchos otros planos.” (Espinosa, 2000)

Dentro de este sistema, el matrimonio constituye la institución idónea para controlar la reproducción y, con ella, el cuerpo femenino. Cuando una doncella sale de su casa para casarse, pasa de una autoridad masculina a otra: del padre al esposo. Nuestra protagonista, Sofía, trata de resistirse a este sistema, por eso el día de su boda convence a Ramón, su padre, para que ambos lleguen a la iglesia a caballo. Cuando se hallan a la puerta del templo, Sofía siente un terrible desasosiego que le recorre la sangre y decide huir al galope en su caballo Gitano, ante el asombro de todos los invitados y, en especial, del novio, quien se siente humillado y herido en su orgullo de macho. Pero Sofía regresa a casarse; sin embargo, ya no es la novia inmaculada que René anhelaba esperar en el altar: “En silencio, los invitados, que han vuelto al interior de la iglesia, la ven pasar. Sofía lleva la espalda recta y sobre el vestido blanquísimo, se ven las manchas del polvo. El sudor de las ancas del caballo ha ensuciado el ruedo y un lado de la ancha falda de satén, el pelo de la muchacha está desordenado. (...) No olvida (René) la humillación que sintió cuando la vio entrar sucia de polvo y viento a la iglesia, él, que quería una novia blanca e impecable para esponjarse de orgullo.” (Belli: 1990, p.31-32)

Este acto de rebeldía de Sofía, precisamente el día de su boda, la aleja del modelo mariano de mujer y la convierte en una mujer indómita, una Eva pecadora que, en opinión del marido, debe ser domesticada por él: “La domará. Ya verá ella como se le acaban rápido esos bríos de yegua salvaje(...) Ahora manda él.” (Belli: 1990, p. 32)

René encuentra una explicación al comportamiento de Sofía: su ascendencia gitana (su padre era gitano, aunque su madre era paya), pues

la noche de bodas le hizo saber a la esposa que, para él, “todas las gitanas son putas.” Para René, una mujer que se atreviera a hacer lo que hizo Sofía el día de la boda, merecía el calificativo de “puta”, lo cual implicaba ser una mujer mala y pecadora, con la mácula del pecado original, por eso en su primera noche como esposos, “encima de ella, como animal salvaje, la hace gritar y le jura que tendrá que pagarle muy caro lo mal nacida que es.” (Belli: 1990, p. 32)

La otra medida que adopta René para domesticar a Sofía es encerrarla en la casa: “Y ahora te dejo y me voy a trabajar. Me hacés el favor de no salir. De esta casa no volvéis a salir si no es conmigo.” (Belli: 1990, p. 34)

Desde ese instante Sofía comienza a odiar a René y ausentarse de su cuerpo cada vez que él la posee: “Sofía calla y respira profundo tratando de relajarse. Todas las noches, cuando él la toca, trata de desaparecer en su cuerpo. Sólo no estando, imaginándose lejos, puede soportar aquella violación cotidiana.” (Belli: 1990, p. 43)

Pero durante los años de matrimonio con René, Sofía se niega a ser madre y para ello, con la complicidad de su amiga Gertrudis, a escondidas toma pastillas anticonceptivas. De esta manera, Sofía logra que René no llegue a apropiarse de ella por completo, como era su intención inicial, y también logra mantener su cuerpo bello, logra mantener el control de su propio cuerpo, entendido este como la propiedad última de los seres humanos, el punto a partir del cual el sujeto se reconoce a sí mismo.

Para el marido, la maternidad sería esencial en el proceso de domesticación de Sofía: “René la observa y piensa que es orgullosa la mujercita, pero que el orgullo se le vencerá con el tiempo y con los hijos que tendrán que llegar porque él cumple religiosamente con su parte de hombre preñador, copulando con ella todas las noches aunque esté cansado, aunque ella no haga ningún ruido y sólo se quede inmóvil debajo de él con los ojos abiertos viendo para el techo como una estatua fría y bella.” (Belli: 1990, p. 39)

Sin duda, a René no le importaba en absoluto el placer de su esposa, pues su único objetivo al tener relaciones sexuales con ella era embazararla. Por su parte, y como ya señalamos, Sofía nunca permitió que René controlara su cuerpo:

así como se negaba a ser madre, también se negaba a experimentar el más mínimo placer con aquel hombre que odiaba. Una vez más, Sofía se aparta del modelo mariano propuesto por la iglesia, pues en él la esposa debe estar dispuesta a parir todos los hijos que Dios le mande, por lo que los métodos anticonceptivos están proscritos.

Para René, el hecho de que Sofía no se embarazara era motivo de humillación y vergüenza; así, cuando cada viernes acudía a la cantina del pueblo a ahogar sus penas en el alcohol, Patrocenio, la mujer del cantinero, confirma sus sospechas de que Sofía era una hija del demonio, una mujer sucia y, por tanto, quien iba a preñarla era el mismísimo diablo, de modo que lo mejor era que no tuviera ningún hijo con René, pues podía salir con cachos y rabo. Esta satanización de Sofía tampoco resultaba gratuita, pues varias señales le auguraban un destino fatal: era hija de gitanos y fue abandonada por ellos (o quizá por el demonio), no se casó de blanco sino llena de polvo y, para colmo, no le paría hijos al marido.

Al morir don Ramón, Sofía ya no tiene motivos para permanecer al lado de René, así que decide huir cuanto antes. En una noche de luna huye de su encierro y se dirige a la montaña, a casa de Xintal, la bruja buena. Allí permanece durante varios días, pero luego retorna al pueblo y toma el control de la hacienda que le ha heredado su padre adoptivo. Se divorcia de Ramón y se convierte en la dueña y señora de sus tierras. Al efectuar este empoderamiento, Sofía es consciente de su diferencia, pues es diferente de las mujeres sumisas y subordinadas a sus maridos, diferente de la mayoría de mujeres del pueblo donde ha crecido: “Lo importante, piensa, es que ella se sabe diferente. Ahora ya no tiene ataduras y puede dar rienda a llamados de su sangre con los que sigue sosteniendo una pugna sorda que esta vez tiene oportunidad de resolver tomando el control de sus propias decisiones.” (Belli: 1990, p. 110)

Durante los días que Sofía pasa al lado de Xintal, siente una paz y una tranquilidad que no ha experimentado desde hace mucho tiempo. “Diríase que la sangre se le ha amansado bajo el influjo maternal de la vieja.” (Belli: 1990, p. 122) Al parecer, entonces, la rebeldía y el desasosiego de Sofía se debían a la ausencia de la madre

verdadera, al rencor que le recorría el cuerpo al pensar en que había sido abandonada; por eso, al hallarse bajo el influjo maternal de Xintal, Sofía se sosegaba y respiraba paz.

Pero cuando Sofía baja de la montaña a su hacienda y se dedica a administrarla, como solo hacían los hombres de por allí, se produce la negación total de su sexualidad, se olvida de su cuerpo y casi hasta de que es mujer, porque después del fracasado matrimonio, Sofía considera que de nada le ha servido poseer un cuerpo bello y que la belleza no necesariamente conduce a la felicidad: "(...) pero aquel matrimonio la había hecho perder totalmente el deseo de verse atractiva. Prefería que René no se fijara en ella como mujer y así minimizar las embestidas sexuales y dejarlas reducidas a las noches. Ni se acuerda que es mujer. Si no fuera por las miradas de lujuria de los finqueros ricos que así pretendían recordarle que no era más que una hembra, cuyo mayor capital era su cuerpo y no su fortuna, se olvidaría del todo del peso de su sexo." (Belli: 1990, p.139)

No es casual que esta asexualización de Sofía coincida con la época en la que ella se dedica exclusivamente a labores que por lo general eran realizadas solo por los hombres: mandar en la hacienda, administrarla y tomar decisiones; olvidándose de su sexualidad ella procuraba olvidarse y hacer que los otros olvidaran el hecho de que ella era mujer.

Pero Samuel, el otro brujo amigo de Sofía, se percata de que ella se está negando el conocimiento de su propio cuerpo y decide hacer el amor con ella una sola vez para enseñarla a conocerse y a descubrir el fuego que lleva dentro. Con Samuel, Sofía aprende a disfrutar de su sexualidad y a concebirla como algo hermoso, no pecaminoso: "Yo sabía que tenías fuego por dentro -dice Samuel luego de un buen rato en que han estado los dos tendidos sin moverse-. Era necesario que vos lo supieras. Mañana quizás sentirás repugnancia de que haya sido yo quien te haya hecho encontrarlo, pero lo importante es que ya lo conocés vos y ahora también lo conozco yo. (...) Te conozco gitana. Solo quería darte el secreto de tu propio conocimiento. Sos una criatura de fuego, nada tenés que hacer con el agua o el frío." (Belli: 1990, p. 144)

Este fuego interno que Samuel le hace descubrir a Sofía, dentro de la cultura patriarcal y la tradición judeo-cristiana debe ser reprimido por la mujer, pues solo las mujeres impuras o sucias pueden atreverse a sentir el placer de tal fuego. Las buenas mujeres deben hacer el amor con el marido para concebir, pero de todos modos luego pagan su pecado carnal al dar a luz con dolor.

Cuando Sofía decide tener un hijo y elige a Jerónimo como padre, planea toda una estrategia de seducción y, consciente de que no lo ama, asegura que se conforma con poseer su cuerpo pero no su alma, pues dice ya no creer en el amor. Una vez más, Sofía, dueña de su cuerpo, se acicala y se prepara para el rito de la seducción: "Es como un rito, piensa Sofía, aquello era parte de lo que Xintal llama el "poder". La mujer preparándose para la ceremonia, como cuando se araba la tierra y se le ponía abono a las plantas, pintándose el cuerpo para seducir al hombre." (Belli: 1990, p. 158) De nuevo Sofía se nos aleja de María como modelo y se nos acerca a la Eva que seduce a Adán para que coma del fruto prohibido, para que peque. Pero además, Sofía se aleja de la mujer emotiva, sentimental y amorosa, para convertirse en una mujer fría y calculadora, al punto de que decide tener su primera relación sexual con Jerónimo el día de su ovulación, que coincide con la luna llena, y se viste toda de rojo para excitarlo como a los toros.

Luego, Sofía se dispone a darle rienda suelta al placer en la aventura con Jerónimo, olvidando de nuevo el "recato" que nuestra sociedad le pide a la mujer que quiera ser tenida por buena: "Jerónimo y ella hablan poco. Saben para qué se encuentran y él parece satisfecho con que ella le hable del registro de nuevas sensaciones que su cuerpo produce. Sonríe oyéndola describir orgasmos y estremecimientos. Mientras más hace ella el amor, más se envalentona. Cada día se lo pasa inventando nuevos lugares, nuevas formas y posiciones. No le pone escrúpulos al placer. Está determinada a beber hasta la saciedad su aventura clandestina; probar lo más normal y lo más prohibido." (Belli: 1990, p. 185)

El padre Pío, sacerdote del pueblo, solía preguntarle a las mujeres que acudían a la confesión detalles íntimos de sus relaciones sexuales con los maridos, pero hacía muchos años que había

perdido la noción de lo morboso de su curiosidad. Sofía se había disgustado cuando intentó hacerlo con ella, así que decidió dejar de acudir a confesarse. Pero volvamos a lo que pensaba el padre Pío del cuerpo, en especial del femenino: “Después de todo, (reflexionaba el cura) el cuerpo era responsable de todos los pecados y hasta la más beata de las mujeres, dadas las inclinaciones de la naturaleza femenina, era proclive a los peores pecados de la carne. Ninguna mujer que él conociera era ajena a las tentaciones del sexto mandamiento. Parecía ser una maldición propia del sexo desde la primera Eva.” (Belli: 1990, p. 192)

Es justamente el padre Pío quien asimila de manera explícita a Sofía con Eva, en especial después de que fuera sorprendida por unos niños mientras hacía el amor en el campo con Jerónimo, a plena luz del día: “Ahora cada vez que imaginaba a Eva la veía con la cara y hasta el cuerpo de Sofía. Sofía con el pelo largo hasta la cintura y las hojas de parra apenas cubriéndola.” (Belli: 1990, p.194)

Los demás habitantes del pueblo de Sofía tampoco son ajenos a sus pecados y actúan como entes censurantes por considerarla un peligroso mal ejemplo. Fausto se lo expresa a Sofía con gran claridad: “La Santa Inquisición, mamita. No te quieren porque sos pecadora. Como el Señor no ha mandado a que un rayo te parta, ellos se van a encargar de que tu pecado no pase sin que pagues un buen precio. Dicen las malas lenguas que hasta fueron a pedir al padre Pío que te excomulgara (...) Le estaban pasando la cuenta había dicho Fausto por bruja, gitana y atrevida.” (Belli: 1990, p. 195-196)

Esta persecución coincide con el momento en que Sofía logra quedar embarazada y, por tanto, con el momento en que comienza el apaciguamiento o amansamiento de la protagonista, lo cual sucede ya bien avanzado el relato (capítulo XXX de XL que conforman la totalidad del libro). A partir de aquí encontramos una Sofía opuesta a la que conocíamos hasta ahora, pues se convierte en una mujer temerosa, deprimida y triste, que se encierra en su casa a llorar por el supuesto abandono de Jerónimo, quien incluso niega ser el padre de la criatura. Es aquí cuando llega a su punto álgido la crisis de identidad de Sofía, porque se ha roto el espejo en el cual veía su

propia imagen; siente que los otros no la quieren (su madre, su padre, Jerónimo) y, por tanto, que ha comenzado a morir para los demás, con lo que también ha comenzado a morir para ella misma.

En esta novela está presente un elemento de identificación entre Sofía y Eva que interesa retomar porque resulta crucial en el texto: Eva no tiene madre y Sofía nunca conoce a la suya, son mujeres sin ombligo, lo cual genera en esta última un sentimiento de abandono y soledad que le extraña su identidad, pues no conoce sus orígenes, no recuerda el rostro de su madre, no logra entender por qué ella la abandonó, no sabe cuándo ni dónde nació, no tiene raíces; este conflicto solo será resuelto por la protagonista cuando ella también sea madre. “Una mujer sin madre es como un alma en pena –dice Samuel. –...hasta que tiene una hija –dice doña Carmen-. Si es que rompe el hechizo y no la pierde. (...) –Tenemos que encontrarle madre a la Sofía.” (Belli: 1990, p. 228)

Estando embarazada, y gracias a los ritos practicados por sus amigos brujos, entre sueños Sofía recupera el recuerdo de su madre, logra verle el rostro, y así se inicia su proceso de apaciguamiento y reincorporación a la comunidad que la había excluido: “Con el pueblo, pareciera estar en plan de enmiendas: ha asistido a diario a la misa de cinco del padre Pío.” (Belli: 1990, p. 238)

Sofía se torna una mujer tierna y vulnerable, características que no se permitía la Sofía-Eva. Su amigo Fausto observa cauteloso la reciente mansedumbre que la invade. La maternidad transforma a Sofía y la hace acercarse más a los atributos del modelo mariano. Cuando nace la hija se completa aún más este proceso de cambio; ahora es percibida por el padre Pío como una mujer “más reposada” y la niña se convierte en el centro de la vida de Sofía, quien pretende sanar sus heridas causadas por el abandono criando a su hija como un ser totalmente dependiente de ella, con el fin de que necesitara siempre de su madre y nunca la abandonara.

El cuerpo de Sofía también experimenta grandes cambios, tanto durante el embarazo como en el momento del parto, que es sentido por Sofía como un momento de escisión, de pliegue: “Su hija que tanto ha soñado la está destrozando, piensa; la está desgarrando para nacer, sin importarle lo que le pase a ella; cada una queriendo

sobrevivir a la otra. Le dan ganas de llorar porque los seres humanos tengan que nacer doliendo, abriendo los cuerpos de sus madres.” (Belli: 1990, p. 259)

En este punto no puedo dejar de pensar en las palabras de Kristeva con respecto al parto: “No se pare con dolor, se pare el dolor: el niño lo representa y el dolor se instala permanentemente desde entonces (...) una madre siempre está marcada por el dolor, sucumbe a él (...) Paradoja: privación y adquisición del parto (...) Tranquilidad de otra vida, la vida de este otro, que camina, mientras que yo soy a partir de ahora un esqueleto.” (Kristeva: 1987, pp. 214-216)

Ese dolor cambiará para siempre la vida de *Sofía* y la hará acercarse cada vez más a la resolución de su conflicto de identidad. El acontecimiento que termina por resolver la crisis de *Sofía* es la pérdida accidental de Flavia, su hija, en un parque de diversiones. Durante el rato que la niña permanece perdida, *Sofía* se convence de que su madre no la abandonó, sino que la perdió involuntariamente: “Ahora se daba cuenta de que su madre no la había abandonado jamás. Ella se había pasado la vida amargada, queriendo vengarse de esa pobre mujer y su madre debió haber sufrido mucho tanto como ella(...)” (Belli: 1990, p. 300)

Al convencerse de ello, a pesar de que en realidad su madre sí la había abandonado, pues se marchó y la dejó con el padre gitano, quien a su vez pensó siempre que la niña se había ido con su madre, “*Sofía* había llegado al fin de su búsqueda, podría mirar su imagen en el espejo, reconciliarse con la oscuridad de su origen, romper las profecías y empezar a vivir su propia vida.” (Belli: 1990, pp.307-308)

Conclusiones

En una entrevista a Gioconda Belli, publicada en el diario *La Prensa* de Nicaragua, en marzo del 2001, la escritora es interrogada acerca de las constantes referencias sexuales que se hallan en su obra. Al respecto, Belli señala: “Hay un peso de lo afectivo de la sexualidad en la vida de la mujer, naturalmente enorme. Creo que en la vida del hombre también, pero él lo canaliza a través de una sexualidad un poco más cruda,

menos emocional. En la mujer la sexualidad está totalmente conectada a lo emocional. A las mujeres nos han dicho que no tenemos porque andar hablando de nuestro cuerpo; la mujer se tiene que proponer a sí misma como un ser espiritual. Hay desde la mentalidad cartesiana, esa separación del alma y el cuerpo, que yo considero que es uno de los grandes problemas sociales, porque en vez de ser exaltada la mujer por su rol biológico, por ser reproductora de la especie, se convirtió en su argumento para encerrarla en su casa y privarla de una participación plena.” (*La Prensa*, Nicaragua, 4 de marzo de 2001)

En *Sofía de los presagios*, Belli nos presenta a una mujer que logra apropiarse de su cuerpo, con lo cual puede vivir la maternidad como una experiencia que, lejos de marginarla o recluirla, le permite resolver su crisis de identidad. En este texto se exalta la maternidad como un proceso positivo transformador de la mujer, pero en *Sofía* esa transformación también implica una domesticación, un apaciguamiento del ánimo rebelde que poseía antes de ser madre. Habría que preguntarse si ese cambio se opera en *Sofía* por el convencimiento de que no desea pagar la factura que la sociedad le pasa por ser diferente, de manera que decide apegarse un poco más al modelo de María madre para ser tenida por buena mujer; si se debe a una transformación interna relacionada con la resolución de su propia crisis identitaria, o si se da una mezcla de ambas cosas. Lo cierto es que en *Sofía de los presagios* conocemos a una mujer que logra definir ante sí misma su propio cuerpo y su propia identidad.

Bibliografía citada

- Antón, M. 2003. “La mujer como objeto de representación del erotismo y la muerte: conquistando su propio cuerpo.” <http://www.mujeresdeempresa.com>
- Belli, G. 1990. *Sofía de los presagios*. Editorial Txalaparta. Navarra. 310 p.
- Cáceres, A. 2001. “La figura del cuerpo en el poder del género: una aproximación a la escritura

- de Diamela Eltit". *Letras S5*. Universidad de Playa Ancha. <http://www.lettras S5.com/eltit>
- Cubillo, R. 2001. *Mujeres e identidades. Las escritoras del Repertorio Americano*. 1919-1959. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. 209 p.
- Espinosa, G. 2000. "Políticas demográficas. La expropiación del cuerpo femenino". *Letra S5*. <http://www.jornada.unam.mx/ls-opinion>
- Hire, S. 2000. "El cuerpo de la mujer". <http://www.elalmanaque.com/sexualidad/sex56>
- Kristeva, J. 1987. *Historias de amor*. Editorial Siglo XXI. México. 340 p.
- Laqueur, T. 1994. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Ediciones Cátedra. Colección Feminismos. 413 p.
- Medina, F. Entrevista a Gioconda Belli. La Prensa. Nicaragua. 4 de marzo de 2001.
- Saal, F. y M. Lamas. 1991. *La bella (in)diferencia*. Editorial Siglo XXI. México. 278 p.
- Showalter, E. "La crítica feminista en el desierto". En: Fe, Marina. 1999. *Otramente: lectura y escritura feministas*. Fondo de Cultura Económica. México. 268 p.